

«El amor es una enfermedad»

Mila Beldarrain **Escritora.** La autora vasca publica 'Bajo el cerezo', una novela sobre la búsqueda de la propia identidad y el control de la vida

NOVEDAD

ELENA
SIERRA



Dice Mila Beldarrain (San Sebastián, 1951) que cuando era joven, llegó a tal punto de «ombliguismo, escribía tanto sobre mí misma que me ponía histérica. Y lo dejé. Tenía a los hijos y me dediqué a ellos». Tiempo después, ya pasados los 40, se volcó de nuevo en la escritura, esta vez apostando por los personajes históricos. Ellos le daban la oportunidad de hablar de lo que le importaba sin «neuras». Ahora ha encontrado el equilibrio entre la historia y la histeria: la protagonista de su última novela, Maddie, reflexiona sobre su propia vida y decide su futuro al tiempo que disfruta leyendo las biogra-

fías de varias antepasadas en 'Bajo el cerezo', publicada por Alberdania.

– **¿Qué le pasa a Maddie?**
– Algo que nos puede ocurrir a muchos: tiene una vida que considera la suya propia, cree que es feliz, y de repente hay una circunstancia que rompe esa paz de caramelo y descubre que la vida que ha llevado ha sido la que otros han querido. Que nunca se ha planteado su propio destino. Y como soy de la opinión de que, al final, todos competimos contra nosotros mismos y no contra nadie más, creo que ese es el tema de la novela. Es común a hombres y mujeres.

– **Y con esto se adelanta a la pregunta de si es una novela de mujeres...**

– Es que me da rabia. 'Literatura para mujeres'. Yo soy una lectora voraz, no miro solo si el libro es bueno o malo, leo todo lo que cae en mis manos, y me he sentido muchas veces identificada con protagonistas masculinos. Lo que ocurre es que lógicamente escribo desde mis circunstancias de mi mujer porque soy una mujer. No escribo para reivindicar, pero porque escribo reivindicó. Un negro, por su piel negra, volcará lo que ha vivido en su novela; y una mujer con burka, lo mismo.

– **Dicen que hay que escribir sobre lo que se conoce.**

– Yo sí creo que el que escribe se escribe. Escribes lo que conoces, claro.

– **Volviendo al argumento, es curioso que Maddie no haya decidido su historia cuando sus antepasadas, en tiempos muchos más complicados, se pusieron el mundo por montera.**

– Al escribir 'Bajo el cerezo' me he acordado mucho de mis abuelas. Yo tenía abuelas de rompe y rasga, que vivieron circunstancias difíciles y supieron salir adelante. A veces nos pasa que la sociedad considera que es correcto y bueno hacer una determinada cosa y la seguimos sin pensar mucho, quizá porque es el camino más fácil. Hasta que llega un momento en la vida, siempre llega, que el tiempo nos atrapa y nos damos cuenta de que tenemos fecha de caducidad. Entonces nos decimos que hay que hacer algo o no hacer, pero tomar una decisión.

– **¿Es el caso de la protagonista?**

– Sí, pero también de mucha gente ahora. Los chavales de hoy son más irreso-

lutos de lo que fuimos nosotros. Les cuesta mucho decidir qué carrera quieren hacer, vivir solos, aunque hayan tenido padres y abuelos que hayan sido justo lo contrario. Las circunstancias son, entre comillas, más blandas, protectoras, la sociedad te da coartada. Eso le pasó a la pro-

«La postura de los hijos ahora es singular: ven el problema y huyen, no quieren implicarse»

tagonista. Pero decidir es inevitable, el momento siempre llega.

– **Ella está en la encrucijada.**

– Y puede continuar y rehacer el puzzle con la vida que llevaba antes o romperlo del todo, luchar contra el miedo y lanzarse. Opta por eso porque me gusta más. Hay gente que a los 40 era ejecutivo de altos vuelos y decide irse a planchar lechugas, otros que continúan.

– **Maddie hace justo el proceso contrario: de la casa a la Universidad.**

– Y descubre la mentira del amor. Yo, como los árabes, creo que el amor es una enfermedad. A menudo nos enamoramos de una imagen del amor que reflejamos en el otro, y entonces no vemos la realidad. Si se te rompe el ídolo, te encuentras solo o sola y es el momento de emprender un camino.

– **Duda de todo su pasado.**

– Eso pasa. Lo primero que surge es la duda, preguntarse qué he hecho hasta ahora. Le ocurre eso.

– **Los hijos apenas aparecen.**

– La postura de los hijos ahora es singular: ven el conflicto y huyen, no quieren enredarse, implicarse. Y quería demostrar que las decisiones personales se hacen en so-

dad. Puedes tener el apoyo de los tuyos, pero competimos contra nosotros mismos y las soluciones llegan en solitario. Yo no quería escribir sobre una mujer con hijos, sino sobre la soledad ante la vida. Nacemos, vivimos y morimos solos y eso no es terrible, asumir esa soledad y tomar las riendas de nuestras vidas nos da serenidad y nos permite mirar a los ojos de la muerte con más tranquilidad. Hay que perderle el respeto y saber que hemos luchado por lo que hemos querido, aunque haya salido mal. Lo importante es la pelea.

El pasado

– **Maddie lee los manuscritos de varias de sus antepasadas. ¿Qué representan ellas?**

– Representan la reflexión con tranquilidad, sin daño. Ella ve sus historias pasadas y no le afectan, puede juzgarlas desde su poltrona bajo el cerezo, es un juicio tranquilo que lleva a una sabiduría más profunda. Además son mujeres que viven situaciones históricas muy concretas: la Revolución francesa y el cambio social absoluto que supuso, con la importancia del yo; en las guerras carlistas –mi familia paterna, que era carlista, me contaba cosas de Zumalakarregi– se dio la lucha entre dos mundos también, fue una encrucijada; la Guerra Civil en Donostia, con la CNT y los anarquistas, con lo que supuso para liberar a la mujer; y los años 60 de San Sebastián por nuestra 'gauche divine' y los cambios que trajo, con un mayor papel para las mujeres.

– **Hay un cambio de estilo con respecto a otras novelas: esto no es una novela histórica, aunque haya mucha historia.**

– Me voy a confesar: cuando empecé a escribir me miraba el ombligo todo el tiempo y estaban de moda las novelas de mujeres. Me di cuenta de que me estaba volviendo una histérica. Dejé de escribir radicalmente y a los 40 años se hizo la luz: si escogía un personaje histórico, podía volcarme en él con medida, sin ataque de 'yoísmo'. Y así he seguido hasta ahora, cuando me he sentido más capaz de volcar mi yo sin neuras y con un amplio soporte histórico para la autorreflexión. He encontrado el equilibrio entre el 'ombliguismo' y la historia.

